

EL CONCEPTO DE MUJER IDEAL Y DEL MATRIMONIO EN LAS CARTAS DE PLINIO EL JOVEN

Por María Elena MOSQUERA SOUTO

Abstract: In this article, we try to explain and describe the image of the ideal women as well as the conception of marriage which can be traced in the Letters of Pliny the Younger. We pay attention to the exemplary women whose brave actions Pliny described, and also to the roles they played in the roman society.

Key words: Women, Marriage, Chastity, Fidelity.

En el presente trabajo se pretende abordar un tema que, en los últimos años no sólo ha generado una gran producción bibliográfica, sino que también ha suscitado un importante interés a nivel de público en general. Nos referimos a los numerosos estudios que, sobre la mujer en el mundo antiguo, han ido apareciendo a lo largo de las últimas décadas. Para la elaboración de este artículo nos centraremos en la concepción de la mujer en la Roma Imperial, con una localización temporal concreta del tema. Para ello hemos tomado como referencia la amplia correspondencia que Plinio el Joven envió a su círculo de amigos más íntimo y al Emperador Trajano. El epistolario de Plinio constituye una reflexión sobre la sociedad de la época, en la que se nos muestra una visión determinada de la mujer y de la concepción del matrimonio, reflexión que no debemos tomar a la ligera, pues al hecho de que se trata de una fuente literaria, caracterizada de por sí por su subjetividad, hay que añadir que son cartas escritas para su posterior publicación que contienen historias cuyo autor consideró dignas de ser incluidas en ella, ya fuera por la rareza del caso o por lo paradigmático que pudiera resultarle a sus conciudadanos. De este modo, a través del análisis de estas epístolas no obtendremos una imagen real de lo que fue la vida de la mujer en la Roma de la época de Plinio, sino que tan sólo conseguiremos la visión parcial que un autor perteneciente a la élite quiso transmitir a sus contemporáneos a través de su obra.

La correspondencia de Plinio está agrupada en diez libros con un total de 268 epístolas, de las cuales, tan sólo una ínfima parte (10 cartas) estaban dirigidas a mujeres. Pero en su obra también encontramos otras misivas, en este caso destinadas a varones, que hacen referencia o que tienen como protagonistas a algunas mujeres. Todas esas epístolas nos dan una ligera idea de cómo se consideraba a las mujeres en aquella época, qué se esperaba de ellas, cuál era su papel dentro de la institución matrimonial etc. Debido a que sería imposible llevar a cabo el análisis detallado de todas estas cartas en el presente artículo, hemos decidido realizar una selección de las mismas, por lo que tan sólo nos centraremos en aquellas epístolas que nos relatan las historias de mujeres ejemplares, que nos mostrarán cuáles eran las cualidades que caracterizaban a aquellas

mujeres que eran consideradas dignas de mención; y las que nos indican cuál era la concepción que sobre el matrimonio y la fidelidad, tenía la sociedad romana contemporánea de Plinio.

Comencemos por analizar el caso de **Arria**. En la epístola **III. 16** enviada a Mecilio Nepo Plinio comenta que esta mujer se había casado con Caecino Peto, por quien había demostrado una gran devoción y un gran amor ante una circunstancia muy dolorosa, pues había sostenido y alentado a su marido con su ejemplo en el momento del fallecimiento de éste¹. El marido de Arria, Caecino Peto, estaba enfermo, al igual que su hijo, pero un día el joven expiró. Entonces Arria, con gran valor, realizó todos los preparativos para su funeral y tomó el lugar del esposo en la ceremonia fúnebre de modo que su marido no se diera cuenta de nada. Tras esto, cada vez que entraba en la habitación de Peto, hacía como si el hijo de ambos aun estuviese vivo, ocultando su tremendo dolor ante su compañero. Y cuando Peto le preguntaba por el joven fallecido, ella le decía que estaba durmiendo o comiendo. Ante tanto sufrimiento algunas veces no podía aguantar el llanto, cuando esto ocurría salía del cuarto para que su esposo no la viese llorar. Luego secaba sus lágrimas, componía su rostro y regresaba de nuevo junto a su marido, dejando su tristeza en la puerta². Con este esfuerzo, Arria pudo salvar a su compañero de la enfermedad y de una muerte segura. Más tarde, cuando en el año 42 d.C, su marido se vio envuelto en la revuelta de Scriboniano, y fue arrestado ante los ojos de su esposa, ésta volvió a demostrar de nuevo el valor y la fidelidad que le tenía a su cónyuge. Así pues, viendo como los soldados se llevaban a Peto a Roma, les suplicó que la dejaran ir con él, insistiendo en que era un senador de rango consular y que deberían permitirle que le acompañasen esclavos que le sirvieran y le vistiesen, tareas que bien podía hacer ella: *«Es ley que un senador se le permita tener esclavos que le sirvan la mesa, le vistan y le calcen; dejad pues, que lo haga yo»*. Pero, a pesar de todas sus súplicas, según nos sigue contando Plinio, los soldados no le permitieron acompañarle. Ante esta negativa, Arria no se dejó amedrentar, y cogiendo una pequeña barca de pesca siguió a la nave en la que iba Peto³. Cuando llegaron a Roma, Claudio fue inflexible, y condenó a muerte al compañero de Arria. Entonces Arria prometió que moriría con su esposo, pues ya no podría vivir sin él. Así pues, cuando su yerno, Thrasea, intentó disuadirla de que no llevara a cabo su idea de quitarse la vida: *«¿Consentirías tú que si yo un día me hallara en la misma situación tu hija quisiera morir conmigo?»*, Arria no dudó en responder: *«Si mi hija hubiera vivido contigo tanto tiempo y con la misma armonía que Peto y yo, consentiría»*. Y, tras haber dicho esto, se levantó de la silla y golpeó violentamente su cabeza contra la pared, tras lo cual argumentó: *«Te había prevenido que encontraría un camino, por duro que fuera, que me llevara hasta la muerte si tú no me dejabas elegir el más fácil»*⁴. Y así fue, pues cuando a Peto le

¹ Ep. III. 16, 1-2.

² Ep. III. 16, 3-6.

³ Ep. III, 16, 7-9.

⁴ Ep. III, 16, 9-12.

llegó la hora de morir, Arria sacó un puñal y se lo clavó en el pecho, pasándose-lo después a su esposo mientras le decía: «¡Peto, no duele!»⁵.

A través de la líneas precedentes hemos comprobado que Arria fue una mujer extremadamente fuerte y con una gran capacidad para dominar sus emociones, pues fue capaz de ocultar el terrible dolor que le causó la muerte de su hijo con el único fin de que su marido se recuperase de la enfermedad. También observamos que tuvo una actitud extremadamente valerosa, pues fue capaz de acompañar a su marido al exilio, e incluso de morir junto a él. En esta narración en concreto podríamos decir que queda reflejado un caso de inversión de papeles, pues esta mujer, no sólo ocupa el lugar de su esposo durante las exequias de su hijo, demostrando una capacidad de autocontrol que, para los antiguos romanos, era más propia del ámbito masculino (pues se asociaba con las féminas no sólo la escasa capacidad de autodomínio, sino también la histeria, y el sucumbir a los sentimientos); sino que también acaba suicidándose con un puñal, y lo hace incluso precediendo a su marido en el momento de la muerte, dándole valor a éste con su propio ejemplo. Por otro lado, aquí vemos que Plinio, está defendiendo la idea de matrimonio perfecto, en donde predomina un profundo amor entre los cónyuges, y la concordia entre los esposos; y hasta tal punto es así, que la propia Arria no concibe la vida sin tener a su marido con ella (por eso decide acompañarlo al exilio, y cuando sabe que ésta va a morir, ella también acaba con su vida).

El caso de la famosa Arria también aparece en los epigramas de Marcial⁶. Se trataba, por tanto, de una mujer cuya hazaña era bien conocida por la sociedad romana de la época. Tendríamos que preguntarnos entonces cuál fue el motivo que llevó a Plinio a incluir esta historia en una de sus cartas, si, como suponemos era *vox populi*, y el destinatario de la carta ya la conocía. La respuesta podría ser que, al ser una historia paradigmática y ejemplarizante, recogería las cualidades que se esperaba que poseyera la mujer ideal, y las virtudes imperantes en la sociedad del momento. Serían, por tanto, narraciones de este tipo las que, los lectores de la correspondencia de Plinio, esperaban encontrar en esta obra (así como los lectores de las sátiras de Juvenal, acudían a sus sátiras, para ver cómo su autor describía, con exaltada exageración, un mundo en donde los mores estaban totalmente degradados).

Otro ejemplo de mujer ejemplar vendría dado por **una mujer del lago de Como** cuyo relato está presente en la carta **VI. 24** enviada a Calpurnio Macer. Estando un día Plinio con un amigo y compatriota, paseando en una barca por el lago Como, éste llamó su atención sobre una villa cercana al lago diciéndole que, desde allí, no hacía mucho tiempo, se habían arrojado al vacío una mujer y su esposo: «Yo le pregunté la razón. Al parecer, el marido sufría por el dolor que le causaba una úlcera en sus órganos genitales. Su mujer le exigió que se la dejase ver, ya que nadie le decía francamente si la herida tenía curación. Cuando la vio, supo que no había esperanza, entonces se ató a él y juntos se tiraron al

⁵ Ep. III, 16, 6.

⁶ Marcial, *Epigramas*, I. 13.

mujeres que eran consideradas dignas de mención; y las que nos indican cuál era la concepción que sobre el matrimonio y la fidelidad, tenía la sociedad romana contemporánea de Plinio.

Comencemos por analizar el caso de **Arria**. En la epístola **III. 16** enviada a Mecilio Nepo Plinio comenta que esta mujer se había casado con Caecino Peto, por quien había demostrado una gran devoción y un gran amor ante una circunstancia muy dolorosa, pues había sostenido y alentado a su marido con su ejemplo en el momento del fallecimiento de éste¹. El marido de Arria, Caecino Peto, estaba enfermo, al igual que su hijo, pero un día el joven expiró. Entonces Arria, con gran valor, realizó todos los preparativos para su funeral y tomó el lugar del esposo en la ceremonia fúnebre de modo que su marido no se diera cuenta de nada. Tras esto, cada vez que entraba en la habitación de Peto, hacía como si el hijo de ambos aun estuviese vivo, ocultando su tremendo dolor ante su compañero. Y cuando Peto le preguntaba por el joven fallecido, ella le decía que estaba durmiendo o comiendo. Ante tanto sufrimiento algunas veces no podía aguantar el llanto, cuando esto ocurría salía del cuarto para que su esposo no la viese llorar. Luego secaba sus lágrimas, componía su rostro y regresaba de nuevo junto a su marido, dejando su tristeza en la puerta². Con este esfuerzo, Arria pudo salvar a su compañero de la enfermedad y de una muerte segura. Más tarde, cuando en el año 42 d.C, su marido se vio envuelto en la revuelta de Scriboniano, y fue arrestado ante los ojos de su esposa, ésta volvió a demostrar de nuevo el valor y la fidelidad que le tenía a su cónyuge. Así pues, viendo como los soldados se llevaban a Peto a Roma, les suplicó que la dejaran ir con él, insistiendo en que era un senador de rango consular y que deberían permitirle que le acompañasen esclavos que le sirvieran y le vistiesen, tareas que bien podía hacer ella: *«Es ley que un senador se le permita tener esclavos que le sirvan la mesa, le vistan y le calcen; dejad pues, que lo haga yo»*. Pero, a pesar de todas sus súplicas, según nos sigue contando Plinio, los soldados no le permitieron acompañarle. Ante esta negativa, Arria no se dejó amedrentar, y cogiendo una pequeña barca de pesca siguió a la nave en la que iba Peto³. Cuando llegaron a Roma, Claudio fue inflexible, y condenó a muerte al compañero de Arria. Entonces Arria prometió que moriría con su esposo, pues ya no podría vivir sin él. Así pues, cuando su yerno, Thrasea, intentó disuadirla de que no llevara a cabo su idea de quitarse la vida: *«¿Consentirías tú que si yo un día me hallara en la misma situación tu hija quisiera morir conmigo?»*, Arria no dudó en responder: *«Si mi hija hubiera vivido contigo tanto tiempo y con la misma armonía que Peto y yo, consentiría»*. Y, tras haber dicho esto, se levantó de la silla y golpeó violentamente su cabeza contra la pared, tras lo cual argumentó: *«Te había prevenido que encontraría un camino, por duro que fuera, que me llevara hasta la muerte si tú no me dejabas elegir el más fácil»*⁴. Y así fue, pues cuando a Peto le

¹ Ep. III. 16, 1-2.

² Ep. III. 16, 3-6.

³ Ep. III, 16, 7-9.

⁴ Ep. III, 16, 9-12.

llegó la hora de morir, Arria sacó un puñal y se lo clavó en el pecho, pasándose-lo después a su esposo mientras le decía: «¡Peto, no duele!»⁵.

A través de la líneas precedentes hemos comprobado que Arria fue una mujer extremadamente fuerte y con una gran capacidad para dominar sus emociones, pues fue capaz de ocultar el terrible dolor que le causó la muerte de su hijo con el único fin de que su marido se recuperase de la enfermedad. También observamos que tuvo una actitud extremadamente valerosa, pues fue capaz de acompañar a su marido al exilio, e incluso de morir junto a él. En esta narración en concreto podríamos decir que queda reflejado un caso de inversión de papeles, pues esta mujer, no sólo ocupa el lugar de su esposo durante las exequias de su hijo, demostrando una capacidad de autocontrol que, para los antiguos romanos, era más propia del ámbito masculino (pues se asociaba con las féminas no sólo la escasa capacidad de autodominio, sino también la histeria, y el sucumbir a los sentimientos); sino que también acaba suicidándose con un puñal, y lo hace incluso precediendo a su marido en el momento de la muerte, dándole valor a éste con su propio ejemplo. Por otro lado, aquí vemos que Plinio, está defendiendo la idea de matrimonio perfecto, en donde predomina un profundo amor entre los cónyuges, y la concordia entre los esposos; y hasta tal punto es así, que la propia Arria no concibe la vida sin tener a su marido con ella (por eso decide acompañarlo al exilio, y cuando sabe que ésta va a morir, ella también acaba con su vida).

El caso de la famosa Arria también aparece en los epigramas de Marcial⁶. Se trataba, por tanto, de una mujer cuya hazaña era bien conocida por la sociedad romana de la época. Tendríamos que preguntarnos entonces cuál fue el motivo que llevó a Plinio a incluir esta historia en una de sus cartas, si, como suponemos era *vox populi*, y el destinatario de la carta ya la conocía. La respuesta podría ser que, al ser una historia paradigmática y ejemplarizante, recogería las cualidades que se esperaba que poseyera la mujer ideal, y las virtudes imperantes en la sociedad del momento. Serían, por tanto, narraciones de este tipo las que, los lectores de la correspondencia de Plinio, esperaban encontrar en esta obra (así como los lectores de las sátiras de Juvenal, acudían a sus sátiras, para ver cómo su autor describía, con exaltada exageración, un mundo en donde los mores estaban totalmente degradados).

Otro ejemplo de mujer ejemplar vendría dado por **una mujer del lago de Como** cuyo relato está presente en la carta **VI. 24** enviada a Calpurnio Macer. Estando un día Plinio con un amigo y compatriota, paseando en una barca por el lago Como, éste llamó su atención sobre una villa cercana al lago diciéndole que, desde allí, no hacía mucho tiempo, se habían arrojado al vacío una mujer y su esposo: «Yo le pregunté la razón. Al parecer, el marido sufría por el dolor que le causaba una úlcera en sus órganos genitales. Su mujer le exigió que se la dejase ver, ya que nadie le decía francamente si la herida tenía curación. Cuando la vio, supo que no había esperanza, entonces se ató a él y juntos se tiraron al

⁵ Ep. III, 16, 6.

⁶ Marcial, *Epigramas*, I. 13.

lago»⁷. Se trata, por tanto, de un ejemplo más de univira. De nuevo, es una mujer que muestra un gran valor, y que ama tanto a su marido, que no concibe la vida sin él. Y, de nuevo, al igual que en el caso de Arria, Plinio exalta el profundo amor que siente esa mujer hacia su esposo, y que hace que su vida y la de su cónyuge también acaben en un suicidio dramático.

Otro ejemplo de las mismas características estaría representado por *Fannia*, la hija de Thrasea Peto y de Arria, y segunda esposa de Helvidio Prisco, expuesto en la Ep. VII. 19 enviada a Neratio Prisco. En ella le cuenta la enfermedad que sufre Fannia, y lo preocupado que él está ante la posibilidad de que se produzca un fatal desenlace. Tras esto nos hace una breve descripción de esa mujer: «...tanta es su castidad y su dignidad, su seriedad y su constancia...»⁸. Así pues, Fannia no sólo se caracteriza por su castidad, es decir, por su pureza y su castidad; también lo hace por su sanctitas, adjetivo que designa a aquellas personas que destacan por su virtud, por su dignidad sagrada, semejante a los dioses; por su gravitas, es decir, por su rigor y circunspección; y por su constantia, esto es, por su invariabilidad y permanencia. Para Plinio es una mujer cuya historia merece ser relatada y exaltada porque: «*Dos veces siguió a su marido al exilio, y en un tercer momento fue desterrada junto a él*»⁹. Pero no sólo se trata de una mujer ejemplar por eso, sino también porque puso en peligro su vida por defender la memoria de su marido: «*Cuando Seneción fue condenado por haber escrito un libro sobre la vida de Helvidio, y dijo en su defensa que lo había hecho a petición de Fannia, Metio Caro quiso saber si era verdad (...) ¿Le había dado ella esos escritos? "Sí". ¿Lo sabía su madre? "No". Ni una sola palabra dejaba entrever el miedo. (...) el Senado había ordenado la destrucción de dichos libros, pero ella los protegió cuando sus posesiones fueron confiscadas y se los llevó consigo al exilio*»¹⁰. A través de esta pequeña cita podemos comprobar que las cualidades que más admira Plinio, son el valor de esa mujer, la fidelidad hacia su esposo y, de nuevo, su capacidad de controlar las emociones (autocontrol). De este modo, durante el interrogatorio que sufrió, aunque se supone que debía estar asustada, nada en sus palabras demostraba ese miedo; sino que, por el contrario, sus respuestas fueron firmes, contundentes y claras. Por otro lado también la describe por su afabilidad y servicialidad (iucunda, comis)¹¹, lo que le otorga la capacidad de inspirar respeto y afecto al mismo tiempo. Por todo eso, según la opinión de Plinio, debía ser tomada como un modelo incluso para el sexo masculino y ser admirada por ello¹².

Aparte de todas las cualidades que Plinio le atribuye a esta mujer en esta carta, parece que en las féminas también eran dignas de alabanza virtudes como

⁷ Ep. VI, 24, 2-5.

⁸ Ep. VII, 19, 4.

⁹ Ep. VII, 19, 4-5.

¹⁰ Ep. VII, 19, 5-6.

¹¹ «*Eadem quam iucunda suam comis, quam denique (quod paucis datum est) non minus amabilis quam veneranda!*» (Ep. VII, 19, 7).

¹² «*... Erit a qua viri quoque fortitudinis exempla sumamus, quam sic cernentes audientesque miremur, ut illas quae leguntur?*» (Ep. VII, 19, 7-8).

las que parece tener **Minicia Marcela**, una niña descrita por el autor de Como en la Ep. V, 16: «*Con sólo 14 años ya combinaba la prudencia de una anciana (anilis prudentia), la seriedad de una matrona (matronalis gravitas), la dulzura de una niña (suavitas puellaris), con la discreta inocencia (virginalem verecundia)*»¹³. Se trata de cualidades que más bien eran propias de una anciana que de una niña¹⁴, y al igual que en ejemplos analizados con anterioridad, también se caracterizaba por su entereza, y por el dominio de sus emociones ante la adversidad: «*Llevó su última enfermedad con paciencia y resignación, con firmeza y con verdadero valor (temperantia, patientia, constantia), obedeció las órdenes del doctor, consoló a sus padres...*»¹⁵. Se trata, por tanto, de una niña que ya poseía todas las virtudes propias para una matrona, y que estaba capacitada para convertirse en una buena esposa. Plinio nos informa que ya había sido prometida con un distinguido muchacho, que el día de la boda ya había sido fijado, y que, incluso, ya habían sido avisados los amigos¹⁶, a pesar de tener tan sólo 12 años lo que parece que era la tónica general en aquella época, pues la edad mínima legal para el matrimonio justamente eran los 12 años, y los sponsalia podían darse a partir de cualquier edad.

Otra fémmina que puede servirnos como ejemplo para conocer cuáles eran las virtudes que más admiraba Plinio en una buena esposa, es **la mujer de Corelio Rufo**, caso del que nos habla en la Ep. I, XII, enviada a Calestrio Tiro con el objetivo de contarle los últimos días y la muerte de Corelio Rufo. En un momento de la epístola nos cuenta que fue a visitarlo cuando estaba enfermo: «*Fui a visitarlo en tiempos de Domiciano, cuando él yacía enfermo en su casa de las afueras de Roma. Sus sirvientes abandonaron la habitación, como solían hacer siempre que un íntimo amigo lo visitaba, y también salió su esposa, aunque ella estaba totalmente capacitada para guardar secretos ...*»¹⁷. Vemos que describe a esa mujer como un ser caracterizado por una suma discreción pues, aunque ésta estaba capacitada para guardar secretos, lo cual era muy loable, salió de la habitación de su esposo cuando un amigo acudió a visitarlo. Así pues, podemos añadir la discreción a las cualidades anteriormente descritas, y que caracterizarían a la mujer más admirable. En otro punto de la misiva, Plinio dice que Corelio, no pudiendo soportar por más tiempo el dolor que le producía su enfermedad, decidió, por su propio deseo, dejarse morir, pues se había propuesto dejar de comer. Ante esta situación, su abnegada esposa, viendo que no podía hacer nada, decidió comunicarle la noticia a Plinio, amigo de su compañero: «*... Su esposa, Hispulla, me envió a mí, y a Gayo Gémino, un amigo común, la noticia de que Corelio estaba determinado a morir, y no había nada que ella o su hija pudieran decir para disuadirlo*»¹⁸. Vemos que se trata de una esposa preocupada por la

¹³ Ep. V, 16, 2-3.

¹⁴ Su edad aparece en ILS 1030 como 12 años, 11 meses y 7 días.

¹⁵ Ep. V, 16,4-5.

¹⁶ Ep.V, 16, 6-7.

¹⁷ Ep. I, 12, 7-8.

¹⁸ Ep. I, 12, 9-10.

salud de su marido y que hace todo lo posible para que éste cambie la idea de morir. En este relato, podríamos decir que, de nuevo se daría un caso de inversión de papeles, pues el esposo mantiene una actitud débil, que se supone que es propia del ámbito femenino, ante la enfermedad que le atormenta, y la única salida que ve es la muerte. Al mismo tiempo, la forma que propone Corelio de dejar su dolorosa existencia es una muerte por inanición, propia de los papeles femeninos en la literatura. Por otro lado, a diferencia de los que vimos anteriormente, a pesar de que sabemos que Corelio murió, no tenemos noticia de que su esposa se suicidara, como en los casos de Arria y la mujer del lago de Como.

El ideal de univira que nos presenta Plinio en las cartas comentadas anteriormente aparece con mucha frecuencia en otras fuentes literarias más o menos contemporáneas. Así pues, Valerio Máximo, cuya obra puede servirnos de referencia para averiguar qué era lo ideal en aquella época, pues está repleta de exempla con un fin moralizante, también parece estar totalmente a favor de la fidelidad conyugal, al menos por parte de la mujer, pues defiende que ésta debe conformarse con un sólo matrimonio, aun el caso de que su esposo hubiera muerto: «*A las mujeres que se habían conformado con un sólo matrimonio se las honraba con la corona de la honestidad. Se creía también que la más auténtica prueba de fidelidad que podría dar una esposa consistía en no presentarse en público, sino permanecer en la alcoba nupcial, depositaria de su virginidad; y tenían por cosa cierta que el casarse muchas veces era señal de incontinencia*»¹⁹. También parece alabar la fidelidad de los esposos más allá de la muerte y, al igual que Plinio, nos describe varios exempla en los que uno de los cónyuges prefiere la muerte antes que seguir viviendo sin el otro, dándonos a entender que el modelo de viuda era aquel que reducía el tiempo de viudez, cometiendo un acto de suicidio. Comencemos por el caso de Porcia, quien había sido esposa de Bíbulo, del que más tarde se divorció, tomando segundas nupcias con Bruto, el asesino de César (a causa de su segundo matrimonio ella no cumplía totalmente el ideal de univira, pero sí podría ser considerada como tal por el hecho de que decidiera suicidarse al enterarse de la muerte de su amado cónyuge): «*Todos los siglos, oh Porcia, hija de Marco Catón, admirarán debidamente tus castísimos sentimientos amorosos. Cuando te enteraste de que tu esposo Bruto, había sido vencido y muerto en la batalla de Filipos, porque no se te proporcionó un puñal te tragaste unos carbones encendidos. De este modo imitaste, siendo una mujer, la muerte viril de tu padre. Yo no sabría decir, si tú le superaste, porque él acabó sus días con una clase de muerte ya conocida, tú, en cambio, de una manera que no tenía antecedentes*»²⁰. Según estas palabras, podemos comprobar que el autor consideraba a Porcia como una mujer llena de virtudes, y con un gran valor, llegando incluso a superar el valor de su padre a la hora de suicidarse tragando carbones encendidos (se trata de una muerte horrenda equiparable a la producida al clavarse un puñal, pues no sólo supone un gran valor, sino que también indica un cierto desprecio hacia el dolor físico,

¹⁹ Val. Max. *Hechos y dichos memorables*, II, 1, 3-4.

²⁰ Val. Max. IV, 6, 5.

que podría llegar a ser comparable a la muerte de los primeros mártires cristianos). Se trataría también de un caso más de inversión sexual que aparece, de nuevo, relacionado con la virtud y la castidad femenina (el propio Valerio Máximo afirma que Porcia había imitado la *muerte viril* de su padre).

El mismo autor, al igual que Plinio, nos expone también varios ejemplos de mujeres castas y valerosas, como fue el caso de Julia, la hija de Cayo César, que falleció al enterarse de la posibilidad de que se hubiera atentado contra su esposo²¹; o el de Antonia que, tras la muerte de su cónyuge, decidió no contraer nuevas nupcias²² (se trataría de un ejemplo de *univira* que, al llegarle la viudez, decide no casarse de nuevo, y contra el que la legislación de Augusto tendría mucho que decir, puesto que estas leyes iban en contra de dicho ideal, pues propiciaban las segundas nupcias). Valerio Máximo también nos menciona los relatos que protagonizan la reina Artemisa, quien ante la muerte de su esposo no le construyó ningún mausoleo, sino que ella misma se convirtió en él, tragándose las cenizas de su marido disueltas en un brebaje²³; y el de la reina Hipsicratea, quien representa, de nuevo, un ejemplo de inversión de papeles, pues adopta una actitud típicamente varonil, ya que se corta los cabellos, maneja armas, y acompaña a su esposo al exilio: «Transformar la extraordinaria belleza de su figura y tomar el aspecto de un hombre fue para ella un placer. La verdad es que se cortó los cabellos y se acostumbró a manejar las armas, para participar más activa y fácilmente en los quehaceres de su esposo. Más aún, cuando Mitrídates, vencido por Cneo Pompeyo, huía a través de pueblos bárbaros y hostiles, lo siguió con infatigable valor y resistencia»²⁴.

Narraciones similares también nos las encontramos en la obra de Plutarco, y que podrían ser comparables al caso de Arria: «Pero cuando Cleómenes, el rey de los espartanos, después de haber matado a muchos argivos, (no, ciertamente, según algunos dicen, siete mil setecientos setenta y siete) se dirigió a la ciudad, un impulso y audacia demoníaca se apoderó de las mujeres jóvenes para rechazar a los enemigos en defensa de su patria. Bajo la dirección de Telesila tomaron las armas y, colocándose en círculo junto a la almena, rodearon las murallas, de modo que sorprendieron a los enemigos»²⁵. Se trataría de un nuevo caso de inversión, en el que las mujeres adoptan un papel masculino, tomando las armas y defendiendo la ciudad, comparable al de otras heroínas de las que también nos habla: «... Las mujeres de los encarcelados iban a la prisión y, por sus muchos ruegos y súplicas, obtuvieron permiso de los guardias para sólo saludar y hablar a sus maridos. Pero, una vez dentro, les ordenaron que se cambiaran rápidamente de ropa y les dejaran las suyas a ellas, y que ellos vestidos con las de las mujeres, salieran con sus rostros ocultos. Realizado esto, las mujeres esperaron allí, preparadas para todo lo peor, y los guardias, engañados.

²¹ Val. Max. IV, 6, 4.

²² Val. Max. IV, 3, 3.

²³ Val. Max. IV, 6, 1 (en el apartado que trata sobre el amor conyugal entre los extranjeros).

²⁴ Val. Max. IV, 6, 2 (en el apartado que trata sobre el amor conyugal entre los extranjeros).

²⁵ Plutarco, *De mulierum...*, 245 c.

dejaron pasar a los hombres en la idea de que ciertamente eran mujeres»²⁶. En este relato estamos ante un caso de inversión en un doble sentido, pues son las mujeres las que cambian la ropa con sus maridos enfrentándose a una dura muerte y demostrando así un gran valor; y son también los hombres los que se visten con ropas femeninas y huyen de la prisión, dejando a sus esposas ante el peligro.

En la novela del *Asno de oro* también nos encontramos con ejemplos de mujeres valerosas que arriesgan su vida por su marido, o que deciden no seguir viviendo tras la muerte de éste, constituyéndose así como paradigmas de inversión. En esa obra en concreto nos encontramos con las historias de Plotina y Cárite, presentándose ambas como las únicas mujeres castas que aparecen a lo largo de todo el relato. La primera es descrita como una mujer valiente que participa en los peligros como un hombre más: «... Pero su mujer, Plotina, una mujer de desacostumbrada fidelidad y de singular honestidad, que con el décimo parto había asegurado la descendencia de su marido, despreciando las comodidades de la ciudad, decidió ser su compañera en la huida y participar de su infortunio, conque se cortó el cabello, se vistió como un hombre, ceñida con fajas llenas de piedras preciosas y de monedas de oro, y marchó con gran valentía entre los soldados de la guardia, con las espadas desenvainadas, participando en todos los peligros que se presentaban; velando celosamente por la seguridad de su marido, sufría los continuos reveses de fortuna con auténtico espíritu varonil»²⁷. A través del fragmento precedente, que es fácilmente comparable con la historia de Hipsicratea narrada por Valerio Máximo, el autor resalta la masculinidad de esta mujer diciendo que se corta el pelo, se viste como un hombre, y que vela por la seguridad de su marido con auténtico espíritu varonil. En el caso de Cárite vemos que se trata de una inversión porque ella se suicida con una espada, se trata de una forma de morir que corresponde al ámbito masculino, puesto que son los hombres los únicos capacitados para el manejo de las armas²⁸, y este tipo de suicidio requiere, al mismo tiempo, un gran valor por parte de quien lo ejecuta: «... Terminó luego por contar en pocas palabras lo que su marido le había dicho en sueños y con qué astucia había conseguido atraer a Trasilio, y a seguido se desplomó, después de atravesarse el costado derecho con la espada; estuvo aún un rato revolcándose en su propia sangre y balbuciendo sonidos ininteligibles, hasta que exhaló su alma viril»²⁹.

A través de los numerosos ejemplos de *univira* expuestos hasta el momento, podemos pensar que dicho ideal se trataría de un mero topos literario, lo que no implicaría que no estuviera bien visto por la sociedad del momento. Lo ideal era que una mujer perteneciese a un sólo esposo, pues como menciona Valerio Máximo, era un signo de continencia (virtud muy alabada en aquellos momentos)

²⁶ Plutarco: 246 F.

²⁷ Apuleyo: *El Asno de Oro*, VII, 6.

²⁸ Sobre la relación existente entre el tipo de suicidio y el ámbito masculino o femenino ver: Van Hoff, A. J. L.: *From autothanasia to suicide. Self-killing in classical antiquity*. Routledge, Londres, 1990.

²⁹ Apuleyo: *Ibidem*, VIII, 14.

y que tras haber fallecido éste permaneciese viuda de por vida, sin contraer nuevas nupcias (parece que era muy normal que el hombre falleciese antes que la esposa y que hubiese un importante número de viudas, lo que se explica por el patrón de matrimonio que seguían, pues era frecuente que una mujer se casase con un hombre bastante que la superase en edad bastantes años). El hecho de que la legislación de Augusto favoreciera las segundas nupcias con una serie de privilegios otorgados a esas nuevas parejas, nos hace sospechar que la práctica de la viudez permanente era bastante frecuente. Por otro lado, el hecho de que esas nuevas nupcias trajesen consigo nuevos descendientes, que tendrían que competir con los hijos del primer matrimonio para recibir la herencia, lo que a su vez podría generar tensiones, podría haber echado para atrás a más de uno.

Así pues, podemos afirmar que la sociedad femenina que rodeaba a Plinio el Joven se caracterizaba por su abnegación, fidelidad, castidad, valor y honestidad. Y dentro del matrimonio se concebía que la pareja debía amarse profunda y fielmente, y de una forma que superara el tiempo, pues su amor debía permanecer incluso tras la desaparición de uno de los cónyuges, y en donde la virtud de la mujer se confundía con un exceso de rigor. Plinio, en la correspondencia que le dirigió a **Calpurnia**, su tercera esposa, nos hace creer que gozó de una felicidad casi absoluta junto a su mujer. Poseemos tres cartas que este autor le envió a ésta con motivo de una separación que sufrió la pareja en el verano del año 107. En la **Ep. VI, 4** Plinio se muestra verdaderamente preocupado por la salud de su esposa (según opina Sherwin-White³⁰ la fragilidad de Calpurnia no puede ser achacada al embarazo que se menciona en Ep. VIII. 10 y 11). Se trata, por tanto, de una carta de amor y pasión, en donde también late la angustia: «*Este es un momento en el que yo deseo particularmente estar junto a ti, ver con mis propios ojos que estas recuperando las fuerzas y el peso...*»³¹. También expone la ansiedad que le causan la separación y la distancia, pues esto hace que no tenga noticias de ella, lo que, a su vez incrementa su preocupación, pues se imagina historias terribles: «*Cuando no estoy contigo estoy realmente preocupado por si no estás bien, y a causa de esos ansiosos momentos en que no poseemos noticias de alguien a quien amamos (...) tu salud tanto como tu ausencia me llenan de dudas y miedos. Me asaltan numerosos presagios de horribles desastres (...) y ruego fervientemente para que no ocurran*»³². Para solucionar sus miedos le pide a su esposa que le escriba una o dos veces al día: «*... Te ruego que pienses en mi ansiedad y que me escribas una o dos veces al día, así yo estaré menos preocupado mientras lea tus cartas, aunque mis miedos volverán tan pronto como yo las haya terminado*»³³. En la **Ep. VI, 7** parece que Plinio ya ha recibido alguna noticia de su esposa, ya que en ella nos dice que Calpurnia nota mucho su ausencia y que sólo encuentra consuelo cuando tiene los libros de

³⁰ Sherwin-White: *The letters of Pliny*. Clarendon Press. Oxford, 1985, p. 359.

³¹ Ep. VI, 4, 2.

³² Ep. VI, 4, 3-4.

³³ Ep. VI, 4, 5.

Plinio en sus manos o cuando los coloca en el lugar de éste³⁴, actitud que parece gustar a su esposo. Nuestro autor parece sentirse mejor cuando lee las cartas que ella le envía: «Yo también leo tus cartas, y vuelvo a ellas una y otra vez como si fueran nuevas para mi, pero esto sólo aumenta el deseo por ti. Si tus cartas tienen tanta dulzura (“suavitas”), puedes imaginar cuanto me place tu compañía; escribe tan a menudo como puedas, aunque me den a la vez placer y tormento»³⁵. Vemos cómo muestra una auténtica pasión, y esa angustia por la separación que sufren, propia de dos jóvenes enamorados. De nuevo insiste en que ella le escriba, a pesar de que las cartas le traen consuelo, pero a la vez también le provocan un deseo que no es capaz de apagar al no tenerla cerca. Aun así insiste, y vuelve a leer lo que ella le envía, porque, al igual que le ocurre a Calpurnia, siempre según Plinio, pues no tenemos la versión de ella; se sienten más cerca el uno del otro. En la Ep. VII, 5 de nuevo muestra la angustia que siente Plinio al no poder estar cerca de ella, y nos expresa lo mucho que la ama, hasta el punto en que se pasa todo el día pensando en Calpurnia: «Es increíble cuánto deseo tenerte. Primero a causa de nuestro amor, y luego porque no estamos acostumbrados a estar separados. Me paso la mayor parte de las noches pensando en ti, y durante el día mis pies me llevan a tu habitación en las horas que solías estar tú allí y, al encontrarla vacía regreso tan enfermo y afligido como lo haría un amante, El único momento en que estoy libre de este tormento en cuando estoy en el foro pasando el tiempo con los litigios de mis amigos...»³⁶.

En las tres cartas que hemos analizado hasta ahora, hemos podido comprobar que Plinio intenta hacernos creer que ama a su esposa y que ésta le corresponde, pues parece que esa era la imagen de una pareja ideal en aquellos momentos. Ambos están angustiados por la separación que sufren, y sólo encuentran consuelo, uno leyendo las cartas que ella le envía, y Calpurnia teniendo cerca los libros que su esposo escribe. En las epístolas se nos está describiendo una relación apasionada entre dos personas de distinto sexo, en la que Calpurnia parece ser más bien una amante que una esposa, pues el deseo y la pasión están latentes en los tres textos. Se trata de un amor enfermizo y obsesivo, tantas veces descrito a lo largo de toda la historia de la literatura, que causa desazón y angustia en ambas partes cuando se produce la separación de la pareja, y que llega a dominar sus vidas por completo, sin poder pensar en otra cosa que no sea la persona amada. Así pues, autor asegura que el leer las cartas de Calpurnia acrecienta su ardor y, la pasión y el amor que siente hacia su joven esposa lo que le lleva a estar casi todo el día pensando en ella. Ejemplos similares los encontramos en la novela griega, pues tras el primer encuentro de la pareja de héroes, surge entre ellos la llama de ese amor y esa pasión incontrolable, que a partir de ese momento dominará sus vidas y hará que sólo vivan para amar a la otra persona, llegando incluso a pensar en la muerte en el caso de que la unión entre ambos no fuera posible.

³⁴ Ep. VI, 7, 1-2.

³⁵ Ep. VI, 7, 2.3.

³⁶ Ep. VII, 5, 1-2.

Analicemos ahora las dos cartas que Plinio le envió a **Calpurnia Hispula**, la tía de su esposa, en las que le comenta a ésta la actitud de su joven consorte. A través de la epístola **IV. 19** comprobamos que la joven Calpurnia era huérfana, pues en ella nos menciona la muerte de su padre. De la madre de la esposa de Plinio no sabemos nada, pero es probable que también hubiese fallecido. Así pues, Plinio nos dice que Calpurnia Hispula quería a su sobrina como si ésta fuera su propia hija, por lo que podemos suponer que había sido criada en el hogar del abuelo paterno, bajo el cuidado de éste y de su tía³⁷. El autor piensa que todas las virtudes que posee su esposa, las ha aprendido gracias a la compañía y enseñanzas de esta mujer: «...quién ha visto sólo lo que es santo y honesto en tu compañía y aprendido a amarme por tu recomendación...»³⁸. Como vemos en este fragmento es muy probable que Calpurnia Hispula hubiera intervenido para que el matrimonio de Plinio y Calpurnia se celebrase, y esto nos lo confirma también el hecho de que el autor de este extenso epistolario, al final de esta carta, le agradezca que le haya dado a Calpurnia y viceversa: «*deberíamos agradecerle que tú me la hayas dado a mí, y que a mí me dieras a ella*»³⁹. Por tanto, se trata de una carta escrita para informar a Calpurnia Hispula del buen funcionamiento de su matrimonio con Calpurnia, pues Plinio supone que a ella le alegrará saberlo: «*Te alegrará saber que ella es digna de su padre, de su abuelo y de tí*»⁴⁰. Así pues, gracias a la buena influencia que la tía paterna ha ejercido sobre su esposa, Calpurnia se ha convertido, a pesar de que suponemos que es muy joven (unos trece años), en una verdadera matrona, que sabe asumir perfectamente las labores que se le han encomendado: «*Posee gran inteligencia y moderación (acumen y frugalitas), y su devoción por mí es una segura indicación de su virtud*»⁴¹. Por otro lado, Plinio está convencido de que Calpurnia lo ama y que es ese amor el que hace que su mujer se interese por la literatura, especialmente por sus libros: «*Posee interés por la literatura, el cual recibió de mí cariño. Copia mis trabajos para leerlos una y otra vez*»⁴². Por otro lado, también quiere hacernos creer que siente verdadera devoción por las actividades que desempeña Plinio: «*Está ansiosa cuando sabe que hablo en el tribunal y feliz cuando he terminado (se preocupa de obtener información sobre la clase de recepción y aplauso que yo he recibido y del veredicto del caso). Si yo canto mis versos se sienta cerca, tras una cortina (...) compone música para mis versos y los canta acompañada de una cítara, aunque ningún profesor le ha enseñado, tan sólo ha sido el amor*»⁴³. Por ese amor que sienten mutuamente, desea que

³⁷ Ep. IV, 19, 1.

³⁸ Ep. IV, 19, 7-6.

³⁹ Ep. IV, 19, 8.

⁴⁰ Ep. IV, 19, 1-2.

⁴¹ Ep. IV, 19, 2. «*amat me, quod castitatis iudicium est*»: la palabra *castitas* puede referirse a la inexperiencia sexual de Calpurnia debido a su corta edad, o también puede ser un indicativo de su fidelidad sexual.

⁴² Ep IV, 19, 2.

⁴³ Ep. IV, 19, 2-5

su unión y su felicidad (concordiam), crezca día a día, y que sea para siempre⁴⁴. Esa idea de indisolubilidad parece que era bastante común en aquella época, pues era considerado como lo más deseable y admirable en aquellas parejas que lograban vivir muchos años juntos, dominando la concordia entre ambos esposos. Así lo afirma Plinio en la Ep. VIII. 5 en relación al matrimonio de su amigo Macrino, cuando habla de la esposa de éste: «...hubiera podido ser un digno ejemplo si hubiese vivido tiempo atrás: vivió con él treinta y nueve años sin tener una disputa ni un enfado, con gran armonía y respeto mutuo».

Como hemos visto en las cuatro cartas que hemos comentado hasta ahora, Plinio se esfuerza por describir una relación marital prácticamente perfecta, en la que ambos componentes del matrimonio sienten veneración, pasión y respeto mutuo. Si en las cartas que el autor le dirigía a su esposa, éste se nos mostraba como una persona dominada por la pasión y el deseo, y con una necesidad obsesiva de estar cerca de su mujer; en esta última carta se muestra menos impetuoso, aunque no por ello deja de exponernos ese profundo amor, en este caso por parte de su esposa. En las tres primeras cartas, ella aparecía descrita de una manera más distante y menos pasional, mientras que aquí nos la caracteriza como una verdadera esposa, amante, fiel y, a la vez, apasionada con la actividad que realiza su marido. Así pues, debemos destacar que la imagen de matrimonio ideal que nos expone Plinio, está caracterizada por la adaptación de la mujer al papel que se espera de ella, por un amor profundo y fiel, y por una comunidad de intereses entre la pareja. Esta visión, sobre el matrimonio parece coincidir con la mostrada por el estoico Musonio Rufo, pues, para él, el matrimonio no consiste sólo en la unión sexual de un hombre y una mujer con el fin de tener descendencia, sino que debe basarse en algo más profundo, pues entre ambos cónyuges debe haber amor y compañerismo: «... el matrimonio es algo más que una unión sexual (...) pues dentro de él también debe haber compañerismo y amor mutuo entre el esposo y la esposa, tanto en la salud como en la enfermedad y bajo todas las condiciones...»⁴⁵. Se ve claramente que está defendiendo un matrimonio por amor, en el que marido y mujer deben amarse por encima de todas las cosas, y en todas las condiciones (se podría pensar que está defendiendo la indisolubilidad del matrimonio y, claramente podemos ver las semejanzas con la idea que, sobre este tema, da el cristianismo).

Ahora tenemos que preguntarnos si el matrimonio de Plinio con Calpurnia era tal y como nos lo describe, o si, por el contrario, tan sólo escribe lo que los lectores de sus cartas deseaban leer, pues debemos recordar que estaban hechas para ser publicadas y que, por tanto, era lo que se deseaba para que un matrimonio fuera considerado como feliz en esa época. Como no poseemos la opinión de Calpurnia sobre este aspecto, al menos no una opinión directa, pues es Plinio quién nos dice lo que siente su esposa, no tenemos una respuesta certera en este sentido. De su esposa sabemos muy poco, sólo conocemos lo que él nos menciona de ella en sus cartas. Aun así podemos decir que probablemente era

⁴⁴ Ep. IV, 19, 5.

⁴⁵ Lutz, C.: *Musonius Rufus*, Y. LC. S, 10, 1947, XIII A.

muy joven cuando se casó con Plinio, como era la tónica general en los matrimonios de ese momento, y que la diferencia de edad entre ambos era considerable. Por ello, es un tanto difícil creer que una jovencita se sintiera arrastrada por esa pasión y obsesión que menciona Plinio, más bien nos inclinamos a pensar que, al ser educada para ello, intentara adaptarse a su papel lo mejor posible, y que lo que sentía por su marido era más bien simple admiración (Plinio parece querer decirnos esto cuando menciona que lee sus libros, y compone música para sus versos), y que lo viera más como a esa figura paterna y protectora que a ella le había faltado, que como a un amante propiamente dicho. Por otro lado, parece que Plinio está totalmente enamorado de su joven esposa, lo que más bien parece un topos literario «de moda» en ese momento, y parece que lo que más amaba de su mujer era la admiración que ésta sentía por su obra. Por eso nos inclinamos por la idea de que Plinio describe esta relación como ideal para agradar a su público, pues los valores matrimoniales que él describe eran los que imperaban en la sociedad de la época, y los que sus lectores deseaban encontrar allí.

En la Ep. VIII. 11 Plinio vuelve a dirigirse a la tía de su esposa para darle la noticia del aborto que ha sufrido ésta. Al igual que en la carta anterior, reitera el aprecio que ésta siente por su mujer y, sabiendo esto, como tiene que darle una mala noticia muestra tacto a la hora de decírselo: «*Sabiendo que amas a la hija de tu hermano incluso más que una madre, creo que debería comenzar por el final, así la felicidad vendrá primero (...) te alegrará saber que tu sobrina está fuera de peligro*»⁴⁶. Plinio se muestra preocupado por la reacción que pudiera tener la tía de su mujer al recibir la mala noticia, por lo que hace hincapié en que el peligro ya había pasado y en que su sobrina estaba recuperando poco a poco la salud⁴⁷. Por otro lado, Plinio lamenta profundamente el hecho de que el embarazo no llegara a buen término, y que no pudiera darle un nieto al hermano de Calpurnia Hispula, es decir, al padre de su esposa, para compensarla de la muerte de éste, aunque considera que dicho consuelo no ha sido denegado, sino tan sólo pospuesto. Considera que la causa de esa desgracia no ha sido por negligencia de su esposa, sino más bien por la juventud e inexperiencia de ésta⁴⁸. Existe otra carta en la que también menciona la desgracia del aborto. En este caso iba dirigida al abuelo de su esposa, Calpurnio Fabato, y el tono adoptado por Plinio cambia considerablemente, pasando a adoptar éste una actitud más fría y mucho más exigente, pues parece estar enfadado por el comportamiento de su esposa, pues él cree que la culpa del aborto la ha tenido ella, y así se lo menciona al abuelo de ésta: «*Sé lo ansioso que estabas por que nosotros te diéramos un biznieto, por lo que tú te sentirás aún más triste cuando sepas que tu nieta ha tenido un aborto. Siendo joven e inexperta no se dio cuenta de su embarazo, y no tomó las precauciones necesarias, e hizo muchas cosas que hubiera*

⁴⁶ Ep. VIII, 11, 1.

⁴⁷ Ep. VIII, 11,2.

⁴⁸ Ep. VIII, 11,2.

*sido mejor que no hiciera»*⁴⁹. Observamos, por lo tanto, una pequeña diferencia con respecto a la carta anterior, pues, mientras a C. Hispula le menciona que la causa del aborto ha sido la juventud de su sobrina, a Fabato le dice que la culpable ha sido Calpurnia, pues ha fallado, y no ha cumplido con lo que se esperaba de ella, por su inexperiencia. La esposa de Plinio debería haberse dado cuenta de que estaba embarazada, y debería haber tomado una serie de precauciones para lograr que naciera el ansiado heredero (esa era su función principal como *matresfamilias* que era, es decir, la de darle a Plinio un hijo legítimo). Otra diferencia que salta a la vista en esta carta con respecto a la anterior, está en la forma de transmitir la noticia. Mientras que en la carta dirigida a C. Hispula le mencionaba el aborto hacia la mitad de la misiva, e insistía en que el peligro ya había pasado y en que su sobrina ya se estaba recuperando; en la epístola dirigida al abuelo de Calpurnia le da la mala noticia ya al principio de la misma, sin preparar el camino como había hecho en la anterior, y también insiste más en la culpabilidad de Calpurnia que en el estado de salud de ésta tras el percance. Esta diferencia de actitud puede ser debida al hecho de que C. Hispula sea para Calpurnia como una madre. Como ya vimos, Plinio recalca constantemente el afecto que la tía siente por la sobrina, por lo que es probable que pensara que lo que más le interesaba saber a Hispula era cómo estaba Calpurnia. Por otro lado, a Fabato, el abuelo, al ver que casi no le quedaban opciones para ver que su familia sobrevivía al paso del tiempo gracias a un heredero, le preocuparía más el hecho de que la pareja hubiera perdido ese hijo. A través de estos textos podemos afirmar que, para los romanos, el principal objetivo de la unión legítima de un hombre y una mujer era el de procrear descendencia legítima, que continuase con la transmisión del nombre de esa familia y que engrosase las filas de ciudadanos romanos. El hecho de que un matrimonio tuviera hijos era considerado de vital importancia y estaba bien visto socialmente y, normalmente, cuando no se tenía descendencia se achacaba a la esterilidad de la mujer, pudiendo ser una causa de divorcio. Por otro lado, parece evidente aquellas mujeres que eran consideradas como paradigmáticas por su apego a la virtud y a la fidelidad hacia sus esposos, aceptaban plenamente su papel de meras reproductoras, como podemos comprobar en algunos ejemplos de las fuentes literarias. Así pues, Plutarco nos cuenta el caso de Estratónice, pero será mejor que dejemos que sea él quien nos cuente la historia de esta mujer ejemplar: «*La Galacia nos dio también a Estratónice, la mujer de Diotaro, y a Quiomara, la de Ortiagonte, mujeres dignas de recuerdo. Estratónice, en efecto, sabía que su marido deseaba hijos legítimos para la sucesión del reino, pero, al no tenerlos ella, lo convenció para que tuviera un hijo con otra mujer y le permitiera a ella hacer pasar al niño por hijo suyo. Diotaro admiró su inteligencia e hizo todo de acuerdo con ella*»⁵⁰. Aunque parezca excepcional el hecho de una especie de «alquiler de vientre» entre los romanos no lo era, sino que más bien parece una práctica común, pues conocemos varios casos, uno de los cuales es el de Turia, que murió hacia el 4 d.C, en plena

⁴⁹ Ep. VIII, 10, 1.

⁵⁰ Plutarco, *De mulierum virtutem*, 258 D.

época augustea. Su historia quedó reflejada en la laudatio fúnebre que le dedicó su marido. Turia había sido una mujer casta, respetuosa, hacendosa, religiosa sin excesos, modesta en el adornarse y en el vestirse, pero su defecto era no haberle dado hijos a su marido. Para solucionarlo le propuso el divorcio a su esposo, para que, de este modo, él pudiese buscar con total libertad a otra mujer que le diese hijos. Turia se ofreció a compartir los hijos que naciesen como si fuesen suyos⁵¹. En este caso el marido no acepta la propuesta de Turia. Vemos que en los dos ejemplos propuestos, ambas mujeres saben qué es lo que se espera de ellas dentro del matrimonio. Saben que su papel dentro de la institución matrimonial es el de meramente reproductoras, y así lo aceptan. Cuando no pueden cumplirlo, buscan soluciones que hoy en día nos parecen absolutamente chocantes, pero que en los pueblos del mundo antiguo estaban a la orden del día. Lo cual es comprensible, si tenemos en cuenta que, para que la sociedad siguiese existiendo, era necesario el nacimiento de niños legítimos dentro de matrimonios también legítimos (la importancia del nacimiento de hijos legítimos para la sociedad romana viene corroborada por la existencia del *ius trium liberorum*, que garantizaba una serie de privilegios a aquellas mujeres y hombres que hubieran tenido más de tres o cuatro hijos según fueran ingenuos o libertos). Musonio Rufo parece coincidir con la idea de que el principal objetivo del matrimonio era la procreación de hijos legítimos (idea que, como vimos, no la introdujo el cristianismo, sino que ya estaba presente en el mundo clásico): «*El marido y la mujer deberán permanecer juntos con el propósito de construir una vida en común y de procrear hijos y, además deberán respetar todas las cosas en común, no habiendo nada privado entre ambos*»⁵². Este autor también defiende la idea de que muchos hijos son buenos tanto para el individuo como para el Estado: «*El nacimiento de muchos hijos es una cosa honorable y deseable (...) él tiene el respeto de sus vecinos, posee más influencia que sus iguales, si estos no tienen hijos. No necesito argumentar que un hombre con muchos amigos es más poderoso que uno que no tiene, y un hombre que tiene muchos hijos es más poderoso que uno que no tiene o que tan sólo tiene alguno...*»⁵³. Esta idea parece ser general en la mentalidad romana de la época, y un ejemplo de ello es la mención, en diversas fuentes, de la concesión del *ius liberorum* a una serie de personajes importantes. Este hecho nos indicaría que tal concesión era considerada como un privilegio y como sinónimo de distinción social frente a aquéllos que no poseían tal derecho. Por el contrario, suponemos que el hecho de no tener hijos, sobre todo para el caso de la mujer, sería considerado como una especie de estigma o lacra social, pudiendo ésta ser rechazada por su propio esposo y, opinamos que, en caso de producirse un divorcio alegando motivos de esterilidad, esa mujer tendría más dificultades para encontrar un nuevos esposo y contraer segundas nupcias.

⁵¹ Durry, M: *Éloge funébre d'une matrone romaine (Éloge dit Turia)*, Paris, Les Belles Lettres, 1950, 31-39.

⁵² Lutz, C.: *Musonius Rufus*, XIII A.

⁵³ *Ibidem*, XV, 99.

Así pues, y ya para finalizar, podemos concluir que Plinio el Joven consideraba el amor entre la pareja, el respeto, el compañerismo, la amistad, la equidad, la concordia y las aficiones mutuas como los pilares básicos del matrimonio. El ideal de relación matrimonial que parecían tener los contemporáneos de Plinio, tal y como pudimos observar en autores como Valerio Máximo y Plutarco entre otros, descansaba en un amor profundo entre los cónyuges, un amor que, en ocasiones, estaba impregnado en una profunda pasión (así nos lo demuestra Plinio en las cartas que le envía a su joven esposa). Dentro del matrimonio era muy deseada la descendencia, pues el tener hijos era casi una cuestión de prestigio social. También se consideraba como loable el que un matrimonio no se rompiera a pesar de las dificultades que acarrea la vida, y que incluso la muerte de uno de los cónyuges no lograra separar a la feliz pareja. Así queda expuesto el ideal de *univira* en numerosas fuentes literarias, ideal que se constituye como la máxima virtud femenina. Como pudimos comprobar a lo largo de los ejemplos de *univira* comentados a lo largo del texto, éstas suelen aparecer relacionadas con el ámbito social masculino. Así pues, o bien son calificadas como viriles por los autores clásicos, o bien, para salir de una situación peligrosa o para ayudar a su esposo, tienen que adoptar ropajes y actitudes viriles, o bien acaban quitándose la vida con espadas o puñales, armas que son características del mundo masculino. En todos estos casos esas féminas destacan por su abnegación, por la fidelidad demostrada a sus esposos, su capacidad de dominio de las emociones y por su castidad. Podríamos decir, por tanto, que esas características aparecen siempre asociadas al ámbito viril. Por el contrario, la incontinencia, la lujuria, el engaño y la debilidad en general, se relacionan con características propiamente femeninas. Así pues, podemos decir que había una serie de virtudes propias del ámbito masculino (el autocontrol, el valor y la abnegación) que cuando eran aplicadas a una mujer, se hacía siempre relacionándolas con elementos o denominaciones viriles; al igual que las diferentes formas de quitarse la vida también se enlazan con un sexo determinado. Por lo que se refiere a la mujer, Plinio nos la presenta como a una amante esposa que, a pesar de la corta edad en la que era introducida en la institución matrimonial, sabía adaptarse a las tareas propias de una matrona y, como vimos en el caso de Calpurnia, también asumía los intereses de su marido. Así pues, para nuestro autor, las mujeres que poseían cualidades como la *gravitas*, *constantia*, *suavitas*, *castitas*, *sanctitas*, *frugalitas*...etc, podían ser considerados como paradigmáticas para el resto de la sociedad romana, ya que éstas, a pesar de ser mujeres, representaban aquellos valores que parecían estar en auge en el mundo que rodeaba a Plinio. Valores como la fidelidad, el compañerismo, el amor entre los cónyuges, la abnegación y la castidad, estaban ya presentes en la Roma Imperial, y no fueron introducidos a *posteriori* por la doctrina cristiana. Así pues, lejos queda esa idea de un mundo romano dominado por la lujuria, y el desmedido placer, donde las relaciones familiares y matrimoniales se caracterizaban por una excesiva frialdad. Como ya dijimos, es muy difícil, a través de fuentes literarias, acercarse a lo que pudo haber sido la realidad. De este modo, aunque la mayoría de los matrimonios que se celebraban fueran de conveniencia, está claro que lo que imperaba como ideal en la mente de los ciudadanos romanos de esa época, eran los matrimonios por amor, la convivencia de la pareja *sine offensa* a lo largo de muchos años, y una fidelidad marital que perdurase más allá de la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIES, P Y DUBY, G (drs.), (1987): *Del imperio romano al año mil*. En Historia de la vida privada, Tomo I, Editorial Alfaguara, Madrid.
- BALSDON, J. P. V. D (1962): *Roman women: Their history and habits*, Greenwood Press, Connecticut.
- CANTARELLA, E (1991): *La mujer romana*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago.
- (1997): *Pasado próximo: mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*. Cátedra, Madrid.
- CARCOPINO, J. (1993): *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid.
- CSILLAG, P. (1976): *The augustan laws on family relations*. Akadémia Kiadó, Budapest.
- D'ORS, A (1968): *Derecho privado romano*. Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona.
- DEL CASTILLO, A. (1979): «Apuntes sobre la situación de la mujer en la Roma imperial». En *Latomus* 38, pp. 173187.
- (1976): *La emancipación de la mujer romana en el siglo I d. C.* Universidad de Granada, Granada.
- DILL, S. (1957): *Roman society: from Nero to Marcus Aurelious*. Meridian Books, N. York.
- EDWARDS, C. (1996): *The politics of immorality in ancient Rome*, Cambridge University Press, London.
- FRANCIS, J. A. (1995): *Subversive virtue: Asceticism and Authority in the second century pagan world*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
- GARCÍA GARRIDO, M. (1956): «*Conventio In Manum Y Matrimonio*». En *Ahde* 26, Pp. 781787.
- (1956): «La Concepción Clásica Del Matrimonio». En *Ahde* 26, Pp. 882887.
- (1970): *Ius uxorium*. Cuadernos del Instituto jurídico español, nº 9, RomaMadrid.
- GARNSEY, P. Y SALLER, R. (1991): *El imperio romano: economía, sociedad y cultura*. Editorial Crítica, Barcelona.
- GARRIDO GONZÁLEZ, E. (ed.), (1986): *La mujer en el mundo antiguo*. Actas de las Quintas Jornadas de investigación interdisciplinaria. Seminario de Estudios de la mujer, Universidad autónoma de Madrid, Madrid.
- KLEIJWEGT, M. (1991): *Ancient youth. The ambiguity of youth and the absence of adolescence in grecoroman society*. J. C. Gieben Publisher, Amsterdam.
- MARTIN, D. (1996): «The construction of the ancient family: metodological considerations», *J. R. S.* 86, pp. 4061.
- MCGINN, T. A. J. (1998): *Prostitution, Sexuality, and the Law in Ancient Rome*, Oxford University Press.
- MOMMSEN, T.: *Derecho Penal Romano*, Tomo II, Editorial La España Moderna.
- NUÑEZ PAZ, M, I. (1988): *Consentimiento matrimonial y divorcio en Roma*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- PERKINS, J. (1995): *The suffering self. Pain and narrative representation in Early Christian Era*. Routledge, London and New York.
- POMEROY, S. B. (1990): *Diosas, rameras, esposas y esclavas*. Editorial Akal, Madrid.
- RAWSON, B. (1991): *marriage, divorce and children in ancient rome*, clarendon press, oxford.
- RAWSON, B. (ED), (1992): *The Family In An ancient Rome*, Routledge, London.

- ROBLEDA, O. (1970): *El matrimonio en derecho romano*. Librería Editrice Universita' Gregoriana, Roma.
- (1971): «Sobre el matrimonio en derecho romano». En *SDHI* 37, pp. 337-350.
- ROUSSELLE, A. (1989): *Porneia: Del dominio del cuerpo a la privación sensorial*, Península, Barcelona.
- SALLER, R. (1994): *Patriarchy, property and death in the roman family*, Cambridge University Press, G. Britain.
- SANCHO, L. (1990): «El matrimonio romano primitivo y el valor de la *lex inhumanissima* (Cic. Rep. II, 37, 62)». En *RIDA* XXXVII, pp. 347-383.
- SCHMELING, G. (ed.), (1996): *The novel in the ancient world*, E. J. Brill Leiden, N. York.
- SHELTON, J. (1990): «Pliny the Younger, and the ideal wife», *Classica et Medievalia*, 41, pp. 163-186.
- SHERWINWHITE, A. N. (1985): *The letters of Pliny*. Oxford University Press, Oxford.
- TREGGIARI, S. (1991): *Roman marriage*. Oxford University Press, Oxford.
- VAN HOFF, A. J. L. (1990): *From autothanasia to suicide. Selfkilling in Classical Antiquity*. Routledge, London.
- VEYNE, P. (1990): *La sociedad romana*. Biblioteca Mondadori, Madrid.
- VIDÉN, G. (1993): Women in roman literature: (Attitudes of authors under the Early Empire). *Acta universitatis Gothoburgensis. Studia Graeca et latina Gothoburgensia* LVII.

FUENTES

- Apuleyo (1995): *El asno de oro*. Edición de Royo, J. M. Cátedra, Madrid.
- Durry, M. (1950): *Éloge funébre d'une matrone romaine (Éloge dit Turia)*. Les Belles Lettres, Paris.
- Herrero Ingelmo, M. C. (ed.), (1987): *La novela griega antigua*. Akal, Madrid.
- Lutz, C (1947): «*Musonius Rufus*», *Y.C.S* 10, pp. 3-147.
- Marcial (1986): *Epigramas*, Edición de Esperanza Ducay, Guara, Zaragoza.
- Plutarco (1987): *Obras morales y de costumbres (Moralia) (III)*. Edición de López Salvá, M y Medel, M. A. Gredos, Madrid.
- Valerio Máximo (1988): *Hechos y dichos memorables*. Edición de Martín Acera, F. Akal Cásica, Madrid.
- Radice, B (1972): *Pliny: Letters and Panegyricus*, The Loeb Classical Library, London, Vol. I y II.